

## Lacan: ¿Esquizofrenizar el psicoanálisis? Esbozo de una concepción transestructural del suicidio

Raúl J. Betancourt <sup>1</sup>

*Si quedas atrapado en el sueño del otro, estás jodido*

*-Gilles Deleuze*

El presente escrito parte de la pregunta por el alcance de las tres estructuras clínicas en psicoanálisis para pensar una experiencia asaz singular como lo es el suicidio. Se trata de delinear una concepción del suicidio que no se adhiera al afán de clasificación psicopatológica y revisar si acaso este no permanece latente en la tríada estructural psicoanalítica. Se retomará la crítica de Deleuze y Guattari a la captura edípica del deseo y la mortología de Herman Burger con miras a una concepción crítica y tranestructural del suicidio.

A pesar de que se busca en psicoanálisis, casi de modo unánime, dar apertura a la multiplicidad con la referencia a las estructuras clínicas en plural (las psicosis, las neurosis, las perversiones), no es menos cierto que el discurso universitario suele mostrarse reticente cuando los límites supuestos mínimos e interiores a cada una se ponen en entredicho. Se escuchan afirmaciones tales como que el psicótico no es sujeto del deseo, o que en el perverso el deseo no es sino como voluntad de goce, partiendo de lo que Lacan dijo a propósito de la experiencia sadiana: *El deseo que es el soporte de esa escisión del sujeto, se avendría sin duda a decirse voluntad de goce.*<sup>2</sup> Y hay en esto el riesgo de pensar ambas estructuras como la impureza de lo que es un sujeto deseante. Son expresiones que oscilan entre la solidez teórica y la ortodoxia según la pregunta que se esté poniendo sobre la mesa. Pero sucede que con el suicidio hay que conducirse de modo heterodoxo, pues si como decía Hegel<sup>3</sup>, la muerte es el amo absoluto, se puede decir que el suicida al consumir el acto no le vence, más

---

<sup>1</sup> Psicoanalista. Doctorante del Doctorado en Psicología del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana.

<sup>2</sup> Lacan, J. (2005). Kant con Sade (1963). Escritos 2. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI, p. 752.

<sup>3</sup> Hegel, G. W. F. (2012). Fenomenología del espíritu (1807). D.F., México, Fondo de Cultura Económica, p. 119.

bien le empata sin confundirse con ella: no deviene amo ni esclavo, sino sujeto. Y el sujeto pasa por los desfiladeros, surca en el vacío, su emergencia es imprevisible e irreductible a la articulación significativa, pues va aparejado en su división con ese objeto resto/exceso que es el *a*.

Las tres estructuras se organizan en torno a la castración. Tres mecanismos fundantes: represión (*verneinung*), desmentida o renegación (*verleugnung*) y repudio o forclusión (*verwerfung*) correspondientes, en ese orden, a las neurosis, perversiones y psicosis.

Resulta coherente en la teoría decir que el psicótico no es sujeto deseante porque ha forcluido el significativo Nombre-del-Padre y algo de la división subjetiva (condición del deseo) no logró efectuarse, pero es problemático desde el momento en que se restringe el deseo al conflicto neurótico. Deleuze y Guattari construyen todo un aparato crítico contra lo que ellos consideran el despotismo edípico: la figura del esquizo aparece expresando la verdadera naturaleza del deseo (que es producción y no representación) mientras que el escenario edípico funciona como una constricción, incluso diríamos, como una represión. Agregan un nuevo primer tiempo: Edipo reprime antes de ser reprimido.

*¿Es Edipo una exigencia o una consecuencia de la reproducción social, en tanto que esta última se propone domesticar una materia y una forma genealógicas que se escapan por todos lados? Pues es por completo cierto que el esquizo es interpelado y no deja de serlo. Precisamente porque su relación con la naturaleza no es un polo específico, es interpelado con los términos del código social en vigor: ¿tu nombre, tu padre, tu madre?<sup>4</sup>*

El psicoanálisis encuentra su propio límite ante el esquizo, entificado clínicamente como psicótico, de quien un temido brote pudiese obligar a firmar pacto con la

---

<sup>4</sup> Deleuze, G. – Guattari, F. (2018). El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia (1972). Barcelona, España: Paidós, p. 22.

psiquiatría y/o la policía. El episodio psicótico como despliegue del compromiso que el psicoanálisis podría estar conservando con las maquinarias del poder. Y a pesar de que en la teoría, cuando se habla del Edipo, claramente se distinguen los padres reales de las *imagos* (los objetos en el plano imaginario) y estas a su vez de lo que atañe a la estructura, al célebre registro simbólico, no deja de sonar pertinente la interrogante a continuación planteada:

*¿La verdadera diferencia no estará entre Edipo, estructural tanto como imaginario, y algo distinto que todos los Edipos aplastan y reprimen: es decir, la producción deseante -las máquinas del deseo que ya no se dejan reducir ni a la estructura ni a las personas, y que constituyen lo Real en sí mismo, más allá o más acá tanto de lo simbólico como de lo imaginario?<sup>5</sup>*

¿A qué Real se están refiriendo? ¿Se trata del Real lacaniano? *Stricto sensu* diremos que no. Pero es cierto que este abordaje de lo real no existiría sin Lacan.

*El propio inconsciente no es más estructural que personal, ni simboliza ni imagina, ni representa: maquina, es maquinico. Ni imaginario ni simbólico, es lo Real en sí mismo, “lo real imposible” y su producción.<sup>6</sup>*

El inconsciente real antes que el inconsciente estructurado como un lenguaje. Máquinas y no estructuras, producción en lugar de falta, objetos parciales antes que significantes.

Esta concepción del inconsciente y del objeto está fuertemente influenciada por el inmanentismo de Spinoza. La vieja distinción hombre-naturaleza que resuena aun en la teoría lacaniana se disuelve en producción maquinica. El deseo deja de ser psíquico y pasa a ser maquinación en continuidad con lo social.

---

<sup>5</sup> *Ibíd*em, p. 58.

<sup>6</sup> *Ibíd*em, p. 59

*Nosotros decimos que el campo social está inmediatamente recorrido por el deseo, que es su producto históricamente determinado, y que la libido no necesita ninguna mediación ni sublimación, ninguna operación psíquica, ninguna transformación, para cargar las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Sólo hay el deseo y lo social, y nada más. Incluso las formas más represivas y más mortíferas de la reproducción social son producidas por el deseo, en la organización que se desprende de él bajo tal o cual condición que deberemos analizar<sup>7</sup>.*

Lo citado no sólo va siguiendo el hilo conductor de la pregunta: ¿cómo es posible que las masas hayan deseado el fascismo?, también es una forma de extirpar el deseo de la superficie del diván. Ciertamente, la empresa esquizoanalítica que Deleuze y Guattari buscan llevar a cabo rompe con postulados fundamentales del psicoanálisis; no obstante, el sabor que deja el Anti-Edipo en su totalidad es que el ajuste de cuentas no es tanto con Lacan como con sus discípulos.

*Entonces el esquizo está efectivamente neurotizado y es esta neurotización la que constituye su enfermedad; pues, de cualquier modo, la neurotización precede a la neurosis, ésta es su fruto. O bien el esquizo se resiste a la neurotización, la edipización. Incluso la utilización de los recursos modernos, la escena analítica pura, el falo simbólico, el repudio estructural, el nombre del padre, no llegan a prender en él (e incluso hay, en estos recursos modernos, cuán extraña utilización de los descubrimientos de Lacan, él que fue el primero, por el contrario, en esquizofrenizar el campo analítico)<sup>8</sup>*

La esquizofrenia como proceso es la figura subversiva por antonomasia y cabe distinguirla del esquizofrénico como entidad clínica, producto ya de la reterritorialización asilar y posteriormente edípica.

---

<sup>7</sup> *Ibíd*em, p. 36

<sup>8</sup> *Ibíd*em, p. 373-274

Cabe preguntar también en qué sentidos Lacan es el primero en esquizofrenizar el psicoanálisis. Se puede pensar en sus constantes rupturas con el psicoanálisis tradicional, verbigracia, con la IPA y el consecuente *acto* fundante de la Escuela Freudiana de París en 1964. Precisamente, el esquizoanálisis pretende que el psicoanálisis asuma una autocrítica, y en el caso de Lacan esto puso en marcha flujos descodificados y desterritorializados a través del cuerpo despótico de la institución psicoanalítica que se expresó en la excomuniación. Pero toda desterritorialización es también reterritorialización y el cuerpo despótico está ávido de plenitud, peligro constante, mientras que la esquizofrenización, por el contrario, es el acto de liberar al deseo en su producción incesante de multiplicidades.

Si decimos que todo psicótico forcluye el significante Nombre-del-Padre y que por ende no desea, estamos realizando un *forcing* del deseo a coordenadas estrictas, lo que contradice su condición productiva/maquinica. Piénsese ahora en Jorge Cuesta, en quien, por ejemplo, los flujos del deseo manaban en el caudal sangriento del ano en el que advertía un menstruante devenir intersexual. Pero el médico, el doctor Rodríguez Lafora, desde el dispositivo saber/poder de la psiquiatría, se sirvió del psicoanálisis para capturar su deseo en el marco edípico de una homosexualidad latente. Porque toda sexualidad que irrumpe y desestabiliza el binarismo produce angustia hasta nuestros días. Y no menos lo hace el suicidio.

La definición del suicidio como acto no es unívoca, pues el acto es creación, producción de diferencia, por lo que no se encuentra en oposición tajante a conceptos como el de *acting out* y pasaje al acto. El suicidio es la bisagra de estos conceptos que, aunque diferenciados, no deberían ser tomados como clasificación. Alguien a partir de un *acting out* puede morir y pronunciar en ello algo de lo no dicho hasta el momento. Durante un *acting out*, un lapsus puede no hacerse esperar: en el *cutting* se le puede pasar la mano al sujeto, o durante el efecto de su droga preferida se le puede pasar el pie (un traspie que desemboque en ahorcamiento o en caída de un séptimo piso), y hacer marca allí donde no estaba. Por el lado del pasaje al acto, el salto de la ventana del fantasma: su radicalidad provoca tal horror que creemos que por ello –además de su origen psiquiátrico– se sigue vinculando a patologías.

No insistiremos demasiado en esta cuestión pues a menudo se escucha que hay suicidios en los que, por alguna razón propuesta del lado del interpretante, ávido de sentido, se dice que faltó el sujeto, faltó el deseo, triunfó la diabólica pulsión de muerte en estado puro. En una especie de freudolacanismo, algo confuso, que homologa la pulsión de vida al deseo. Como si Eros no condujese a la muerte, como si Werther, Romeo, Julieta, Ofelia, Laodamía, Píramo y Tisbe no nos dieran la lección de que el amor es también mortífero. ¿Qué decir del suicidio como pacto de amor en el caso de Von Kleist y Henriette Vogel?

Y si es acertado pensar que el deseo es obturado por la obstinación del afligido de no asumir la ausencia del amado, ¿quién está en la mejor condición de decirle al amante que su deseo está en la asunción de la falta cuando se está ofreciendo, como lo que no se tiene, la vida misma? ¿Y quién asegura que cuando se habla de asumir la falta no se está cumpliendo sin saberlo el imperativo del principio de realidad? El sujeto deseante no se reduce a cuerpos adaptados a la administración de la vida, propia de la biopolítica. Ese no es el espíritu de Antígona, cuya tragedia Lacan erige como paradigmática para pensar, del deseo, una ética.

Sea por identificación con el objeto *a*, como sucede en el pasaje al acto radical del melancólico, o por un deseo no reconocido y cifrado hacia el Otro como sucede en el *acting-out*, si el desenlace es la muerte no hay posibilidad de palabra en análisis; *ergo*, el deseo no pasa por la vía de la interpretación analítica sino de la producción. El saber del Otro queda irremediamente en falta. Las cartas suicidas son consuelos de sentido. Algo se puede leer, pero es *a posteriori* y a sabiendas que la última palabra la tiene el suicida con su acto. No obstante, un intento de suicidio que se falla por lapsus y no por azar (un mal cálculo en la dosis mortal o en la hora de llegada de los familiares), puede leerse como *acting out*, y llegar en tanto mensaje al Otro, p. ej. a la consulta con un analista. Como menciona Lacan en su seminario sobre *La Angustia*, en la clase del 21 de enero de 1963:

*El acting out es esencialmente algo, en la conducta del sujeto, que se muestra (...), se muestra esencialmente como otra cosa, otra cosa de la que es; qué es nadie lo sabe, pero de que es otra cosa nadie duda.*<sup>8</sup>

Es decir, que un intento de suicidio como *acting out* no tiene como propósito saltar de la escena sino sostenerla. Lo que no significa, como ya se dijo antes, que el fallido no esté a la espera. También un pasaje al acto suicida se puede fallar, y en este caso consideramos que sería más asunto de azar lo que lo impide. Piénsese en la joven homosexual: allí claramente Lacan concibe su salto como paradigmático del pasaje al acto. Así que un pasaje al acto suicida puede no desembocar en la muerte, pues evidentemente la joven alcanzó a llegar al consultorio de Freud y allí podríamos decir que la caída fue leída y resignificada.

En el terreno psicoanalítico es frecuente escuchar hablar de las llamadas psicopatologías del acto, desde donde el fenómeno suicida es pensado y abordado. Podría ser que allí incube también esa distinción del suicidio como acto diferenciado de lo que serían modos patológicos, partiendo de la definición de Lacan: *El suicidio es el único acto que tiene éxito sin fracaso.*<sup>9</sup>

La redundancia en la frase es deliberada: habría suicidios que tendrían éxito fracasando y otros que son logrados pero no exitosos. Los suicidios por acto fallido participan de esto. También aquellos intentos que no desembocan en la muerte pero logran algo en tanto acto. Es verdad que Lacan dice que si se malogra el suicidio, no es un acto. Pero ¿eso supone que los que no son acto son patológicos? No, más bien, como en la clínica, los suicidios son uno por uno. Y la labor consiste en dar cuenta de la participación que tienen con el acto, porque hasta el intento más ligero y fallido de suicidio entraña una dimensión ética. Por ello no hay suicidios malogrados sino logrados y (mal) logrados. Y que el mal entre paréntesis sirva para recordar qué tanto la moral contamina el juicio.

Hemos insistido, de manera enfática, en desmarcarnos de una patologización del suicidio, que responde a todo un aparato biopolítico en el que los cuerpos y los goces son trazados en sus límites y libertades. Habría que preguntarse hasta qué punto el

---

<sup>9</sup> Lacan, J. (1993). *Psicoanálisis, radiofonía y televisión (1970/1974)*. Barcelona, España: Anagrama, p. 131.

psicoanálisis sigue sosteniendo esa lógica del biopoder, que Foucault describe de la siguiente manera:

*Las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población constituyen los dos polos alrededor de los cuales se desarrolló la organización del poder sobre la vida.*

*(...) La vieja potencia de la muerte, en la cual se simbolizaba el poder soberano, se halla ahora cuidadosamente recubierta por la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida. Desarrollo rápido durante la edad clásica de diversas disciplinas - escuelas, colegios, cuarteles, talleres; aparición también, en el campo de las prácticas políticas y las observaciones económicas, de los problemas de natalidad, longevidad, salud pública, vivienda, migración; explosión, pues, de técnicas diversas y numerosas para obtener la sujeción de los cuerpos y el control de las poblaciones. Se inicia así la era de un "bio-poder".<sup>10</sup>*

Esto ayuda a trazar coordenadas para distinguir al psicoanálisis de la medicina y la psicología.

#### *El acto analítico y el suicida*

Lacan, a partir de su seminario 15, para hablar del acto analítico debe conceptualizar qué es un acto y en ello encontramos la articulación con el pasaje al acto, el acto fallido, el acto revolucionario, etc. A pesar de que en el seminario no se toca el tema del suicidio, es a partir de allí que Lacan definirá al suicidio como acto en 1973, 1974 y 1975.

*Si es en una referencia semejante que introduzco la cuestión de saber lo que puede resultar del estatuto del psicoanalista, en tanto que su acto lo coloca radicalmente en falso con respecto a esa condición*

---

<sup>10</sup> Foucault, M. (2007). Historia de la sexualidad. Vol. 1. La voluntad de saber. (1976). México: Siglo XXI, p. 168-169.

*previa [se refiere al sujeto supuesto saber]; es para recordarles que es una dimensión común del acto el no incluir en su momento la presencia del sujeto.*

*El sujeto reencontrará su presencia en tanto que renovada más allá del pasaje del acto, pero nada más que eso.<sup>11</sup>*

A partir de esta cita se pueden resaltar varios puntos. El pasaje al acto se está usando en el mismo sentido que acto. El no incluir al sujeto en su momento es común a la dimensión del acto, de la que participa el suicidio. El acto pone en falso al sujeto supuesto saber. El sujeto es una producción del acto.

Ahora bien, *si el acto está en la lectura del acto, es decir que el que esta lectura sea simplemente sobreañadida, ¿que sea nachträglich es lo que le da su valor?*<sup>12</sup> Más adelante dirá que *el acto sintomático, tiene que contener en sí algo que lo prepara al menos para este acto, para lo que para nosotros desde nuestra perspectiva, realizará su plenitud de acto. Pero apres-coup.*<sup>13</sup> ¿Qué es eso que contiene en sí sino el hecho de ser irreversible? Por ello su temporalidad es aquella del *nachträglich*.

*Un acto está ligado a la determinación del comienzo, y muy especialmente allí donde hay necesidad de hacer uno, precisamente porque no lo hay.*<sup>14</sup> Algún lector agudo puede replicar: “Siguiendo esa definición, el suicidio no puede ser un acto, porque no comienza nada, más bien se diría que termina con todo”. Pero como deja asentado el suicida y mortólogo Hermann Burger: *La muerte es una forma de revolucionar la vida de un modo general.*<sup>15</sup> Hay que matizar de qué se trata, pues el poeta suizo también considera que la muerte natural no existe, entre varias razones, porque la etimología de naturaleza es el verbo *nasci*, nacer. Por lo que hablar de muerte natural resulta un oxímoron. Pero en el acto se trata de un comienzo donde no hay, o donde hay la pura

---

<sup>11</sup> Lacan, J. (1967-1968). El acto psicoanalítico. Seminario 15. [trad. y notas de Ricardo Rodríguez Ponte]. Buenos Aires, Argentina: Kriptos, p. 41.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 20

<sup>13</sup> *Ibidem*

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 57

<sup>15</sup> Burger, H. (2017). Tractatus logico-suicidalis. Matarse uno mismo (1988). Valencia, España: Pre-textos, p. 34

pasividad ante el destino mortal. Hacer marca donde hay puro final, hacer de la muerte inminente algo singular. Cada suicida es un maestro del estilo, pues nada es más propio que la muerte. Por más que cientos se perforen el vientre bajo el mismo código: el suicidio también es el estilo de las culturas.

En su *Tractatus Logico-Suicidalis*, Burger plantea que, en oposición a la lógica vital regida por la razón, existe una contralógica de la muerte. La mortología, neologismo burgeriano, se refiere a *la teoría y la filosofía que estudian el predominio total de la muerte sobre la vida*<sup>16</sup>, y agrega que:

*(...) sólo la mortología, esa ciencia de la muerte ahora fundada por nosotros y caracterizado en sus rasgos esenciales, resuelve este dilema en la medida en que se declara abierta partidaria de otra subdisciplina, la tautología: “no” es igual a “no”, “negro” es igual a “negro”.*<sup>17</sup>

Si es así, desde el psicoanálisis se puede pensar como el significante significándose a sí mismo: el principio y el fin pertenecen a la lógica de la vida, pero en la muerte sólo hay el absoluto de la nada. *El suicidio es el único acto absoluto que el hombre es capaz de realizar sin valorar pros y contras (...) Frente al carácter absoluto del suicidio cualquier actividad vital resulta irrelevante.*<sup>18</sup> Lo absoluto es lo absoluto, ciertamente. ¿Cómo pensar la tautología desde la lógica del significante? En su seminario *La identificación*, clase del 6 de diciembre de 1961, Lacan menciona que:

*No es en tanto que a primera y a segunda quieren decir cosas diferentes que yo digo que no hay tautología, es en el estatuto mismo de a que está inscripto que a no puede ser a. Y es sobre esto que terminé mi discurso de la última vez, designándoles en Saussure el punto donde está dicho que a como significante no puede de ninguna manera definirse, sino más que como no siendo lo que son los otros significantes. De este hecho, que no pueda definirse más que por esto*

---

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 22.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 118.

*justamente de no ser todos los otros significantes, de esto depende esta dimensión de que es igualmente verdadero que él no podría ser él mismo.*<sup>19</sup>

Lacan siguiendo a Saussure propone entonces que *a* no es igual a. Esto no impide pensar el alcance de la concepción mortológica. La tautología absoluta supone el problema del lenguaje autorreferencial, mientras que aquí tratamos de sostener lo contrario: *el suicida produce el significante de la falta en el Otro.*

*(...) en el suicidio, cumpliendo con lo característico del acto, no hay significante en el Otro que pueda responder, en este caso, por el real de la muerte. De allí que el acto sea en soledad, donde se inscribe el significante del sujeto que lo representa como sujeto dividido, significante que falta en el Otro y que lo denota como castrado.*<sup>20</sup>

Por lo que habría que pensar la tautología mortológica de dos maneras: el no = no de la muerte como diferencia en la repetición: mi muerte es siempre distinta de la muerte, no hay muertes iguales. Además, el “no” radical hacia la vida como *acto*, mediante el que la pregunta por la causa del suicidio se vuelve irrisoria: se mató porque se mató, no hay más. Desde la dimensión del acto que no puede ser repetido es que se puede pensar en un significante que se significa a sí mismo.

Por otra parte, es también el psicótico quien, debido a la forclusión del significante Nombre-del-Padre, experimenta el lenguaje autorreferencial. Los fenómenos alucinatorios son, por ejemplo, una significación sin posibilidad de deslizamiento. ¿Habría que sacar entonces la conclusión de que todo suicida es psicótico? Claramente no, pero la tesis (o mejor dicho antítesis) mortológica nos hace pensar en que acaso un significante que se pueda significar a sí mismo sea la muerte del suicida, y en general, recordando a Freud, no hay representación en lo inconsciente de la muerte propia, por lo que ese significante falta en el Otro. Pero el suicida no espera en el azar o en la naturaleza ese significante, sino que levanta la mano. Efectúa la caída

---

<sup>19</sup> Lacan, J. (1961-1962). La identificación. Seminario 9. [trad. y notas de Ricardo Rodríguez Ponte]. Buenos Aires, Argentina: Escuela Freudiana de Buenos Aires.

<sup>20</sup> Vargas Castro, D. (Junio, 2010). El suicidio, sus estatutos y ética del psicoanálisis. *Affectio Societatis*, vol. 7, número 12, p. 10

del objeto *a*, a veces de modo explosivo, a veces desangrado con sigilo. En ese sentido, consideramos la paradoja de que el significante ensimismado, imposible (porque los significantes funcionan de a dos), que en la paranoia apunta a *s(A)*, en el suicidio aparece como *S(/A)*.

Jorge Cuesta murió durante su quinto internamiento psiquiátrico en el hospital Rafael Lavista en Tlalpan. No murió inmediatamente después del ahorcamiento, con lo que se supone eran los cordeles sueltos de su camisa de fuerza, sino por un edema agudo pulmonar después de una prolongada agonía (quizá hasta de veinticuatro horas).<sup>21</sup> La palabra agonía proviene del griego *agón* que significa contienda, lucha, desafío.

Cabría preguntarse qué es lo que agonizaba en Cuesta, y si la lucha era por la vida o más bien por una muerte digna: porque la pulsión de vida, o es un oxímoron o es de muerte. Existe la posibilidad de que el ahorcamiento haya sido en medio de un episodio psicótico inducido por la ergotamina remozada que consumía clandestinamente dentro del hospital. Recordemos que Durkheim excluía al alienado de su definición de suicidio. Quizá esto se haga comprensible si se piensa que el suicidio en medio de un episodio psicótico participa de una experiencia del significante significándose a sí mismo. Pero eso no quiere decir que no se produzca sujeto. Y no es que se confunda aquí sujeto con individuo. El concepto de individuo involucra el problema de haber definido los límites entre el ser y no ser: es un entificación, una hipóstasis. Mientras que el sujeto no es sustancial, es evanescencia.

Existe la opción, no vemos por qué negarnos, de apoyarnos del esquizoanálisis, donde el sujeto aparece como resto de la máquina de producción deseante y en esto también Deleuze y Guattari retoman a Lacan, quien habría desarrollado *un juego maquínico más que etimológico, parere / procurar, separare / engendrarse a sí mismo, al señalar el carácter intensivo de un juego de esta clase: la parte no tiene nada que ver con el todo*<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> La información sobre la muerte de Cuesta nos fue proporcionada por el psicoanalista Jesús R. Martínez Malo durante una entrevista para la tesis doctoral de la que este texto formará parte.

<sup>22</sup> Deleuze y Guattari, op. cit., p. 46.

Diremos que el suicidio es parto de sujeto. Lo que diferencia al acto analítico del acto suicida es justamente la radicalidad de este último.

Si para el psicoanálisis el sujeto es lo que representa un significante para otro significante, se trataría de incluirnos en la propia definición no desde el saber sino desde una lectura significativa que no puede decir la última palabra sobre eso. El significante Amo del sujeto suicida es su muerte. Además, el sujeto también se encuentra dividido entre su ser de objeto *a* y los significantes del Otro. Así es como debería entenderse la producción del significante de la falta en el Otro: afirmando el ser de objeto *a*. Agréguese lo que Burguer llama el suicidalista, donde el sujeto se articula entre su muerte y su obra, como es su caso.

El “no” a la vida del suicida puede ser un significante tautológico, pero el acto suicida permite que aparezca el sujeto como diferencia pura. Pasar de “la muerte es la muerte” a “la muerte es mi muerte”, ¿es posible? ¿Es una decisión ética? Puede ser incluso que se trate de un suicidio (mal) logrado, mas no por ello la muerte es menos propia.

Esquizofrenizar es ubicar la producción deseante en vez de la interpretación, la polivocidad en vez de la biunivocidad, los restos en vez de las totalidades. ¿Podríamos decir que aquel Lacan esquizofrenizante es el Lacan del objeto *a*?

*¿No es una contradicción (...) precipitar la enseñanza de Lacan, cuando se la vuelve a colocar en un eje familiar y personológico – mientras que Lacan asigna la causa del deseo a un “objeto” no humano, heterogéneo a las coordenadas intersubjetivas así como al mundo de las significaciones?<sup>23</sup>*

Advertir del edipismo es dar cuenta cuando se está tomando el modelo neurótico de la metáfora paterna y la metonimia del deseo como única posibilidad ética. Es ceñir la ética del psicoanálisis a los alcances del diván.

No ceder en el deseo no debe reducirse a lo que se trabaja en un análisis, sino que abarca el no renunciar al juego de fuerzas, al margen donde el sujeto no es reintegrable a la cadena significativa.

---

<sup>23</sup> Ibídem, p. 371.

El juego de fuerzas no es una mitológica lucha entre las pulsiones vida y la muerte, sino entre el cuerpo y las fuerzas que lo atraviesan. Saltar de una ventana a veces puede ser una manera de restablecer, de recuperar el cuerpo, de agenciarle otro uso a un marco, aun siendo este es el del fantasma. Homologar el suicidio a la muerte del organismo es presuroso, porque de lo que se trata es de cuerpos. Hay suicidios diferidos y ejemplos clínicos sobran. Melancolías, toxicomanías o –como pensaba Cioran– también escribir un libro.

¿El suicidio es una huida? Sería conveniente diferenciar un salto de una huida. Un salto no es siempre una huida ni una huida es siempre un salto. El salto puede apuntar al abismo, al cosmos, o adonde no se distinguen más. El suicidio es salto de la dimensión dialéctica, aunque ese salto a veces pueda ser de huida. Pero habría que pensar en una dialéctica sin culmen, que posibilite que el deseo se articule con la propia muerte. Es un error pensar que el deseo es siempre sostener la vida del organismo. El deseo en psicoanálisis es vehiculizado por un objeto que es negatividad pura y por el Otro en tanto barrado. Antígona no renuncia al deseo, lleva la afirmación hasta sus últimas consecuencias. Mainländer postergó su muerte hasta el día en que su obra estuviera publicada: su obra demuestra cómo la dialéctica deseante con el Otro no está interrumpida sino abierta. El organismo ya no estará vivo pero el deseo sigue articulándose con el Otro en su vehemente llamado al antinatalismo y al suicidio.

Lo mejor que pudo decir Deleuze sobre el suicidio fue, cabalmente, en el acto. Arrojar un cuerpo sin pulmón desde la ventana del séptimo piso. En "Cómo hacerse un cuerpo sin órganos" advierte -junto con Guattari- que un Cuerpo sin Órganos imprudente es aquel del adicto, del masoquista y del suicida; CsO vacíos en oposición al llenado prudente de una conducción ética.

*Deshacer el organismo nunca ha sido matarse, sino abrir el cuerpo a conexiones que suponen todo un agenciamiento, circuitos, conjunciones,*

*niveles y umbrales, pasos y distribuciones de intensidad, territorios y desterritorializaciones medidas a la manera de un agrimensor.*<sup>24</sup>

Acaso allí vacilan, temiendo la caída en el nihilismo, resuena la alarma nietzscheana; y al final, no proponen la posibilidad de que haya suicidios nómadas. Cuando dicen que hay que vigilar en nosotros al fascista y al suicida, ¿no es también poder decidir entre opuestos? Y esa vigilancia, ¿no podría devenir decisión? En Deleuze quizá no fue decisión matarse sino vivir más allá del organismo decadente.

---

<sup>24</sup> Deleuze, G. – Guattari, F. (2015). Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia, España: Pre-Textos, p. 164-165.